

Patricios y ciudadanos

Suso de Toro

Escritor

54

Cada uno escribe desde su condición y circunstancia, desde sus zapatos. Para escribir sobre el honorable Maragall, su presidencia y esa breve legislatura, yo lo hago desde los zapatos de un ciudadano gallego que cuando piensa en Catalunya sabe bien lo que le falta a su país, una clase dirigente. Sea la que sea, una clase o unas élites que conduzcan un proyecto colectivo, un proyecto nacional.

Que esto existe de algún modo en el caso catalán es tan evidente que ya es un personaje fantasmal del debate político español; se trata de la famosa y perversa «burguesía catalana». Como si sólo hubiese burguesía en Barcelona y en Madrid, o en Mérida hubiese sólo proletarios explotados por ella. Un puro juego de demagogias. Lo cierto es que Catalunya tiene actualmente una estructura de clases

vertical bien definida, pero además ha tenido siempre sectores con voluntad de dirección nacional. En paralelo a una burguesía de carácter industrial hubo un mundo cultural catalán y unos cuadros políticos con vocación política. Y eso es una riqueza para cualquier país.

Debido a circunstancias históricas, esa voluntad de existir como un Estado-nación no pudo realizarse; sin embargo, siempre ha existido ahí, dando continuidad y a la espera, un patriciado. Un patriciado que ha estado frustrado y minorizado, pues no ha podido realizar su ambición histórica. De ese mundo sale Pasqual Maragall, un patricio que, por pertenencia también a una generación de izquierdas, está en la izquierda. Maragall es una persona puente, alguien del grupo históricamente dirigente que sale y se dirige al encuentro

de los otros sectores sociales. Visto con perspectiva histórica Maragall rompe con la época de Pujol en que el nuevo autogobierno que permite la autonomía está gestionado y, sobre todo, ocupado por lo que parecía natural: los señores, los patricios. La figura de Maragall permite y prefigura el actual recambio de dirigentes, la emergencia de personas que vienen de otras clases sociales, de un mundo muy conspicuo los trabajadores emigrantes. Las incidencias de la contienda entre partidos nos ocultan lo esencial, el relevo humano en el gobierno y la dirección del país.

Sobre ello hay en su legado político otros aspectos, el gobierno de la izquierda. Aparte del carácter más social de un gobierno de izquierdas tripartito que por sí mismo lo justifica, ayudó a la maduración histórica

del país pues, tras tantos años de presidencia del honorable Pujol, ya parecía que la misma idea de nación catalana era de derechas. El tripartito, bien, mal o regular, ha demostrado que el sentido nacional es eso, nacional, o sea de todos, de la izquierda y la derecha.

Y sería ceguera olvidar la aportación jurídico-política de Maragall a la situación que vivía Catalunya, su propósito de revisar el autogobierno a través de lo que se llamó renegociación del Estatut. A pesar de sus errores, del personalismo inmaduro exhibido por muchas partes, de la ingenuidad de iniciar un proceso vertiginoso, es decir encerrado y dando vueltas sobre si mismo ignorando el contexto político, e incluso constitucional, español. A pesar de la imprudencia al hacer declaraciones que dieron munición a los ataques de la derecha contra Catalunya; a pesar de la existencia de una campaña instigada o apoyada por el PP verdaderamente xenófoba; a pesar de todo eso Catalunya ha hecho un acto de fe en si misma y se ha comportado políticamente como una nación. Debatí públicamente y con claridad de qué modo se podría autogobernar

en este momento histórico, su poder legislativo redactó una propuesta. Además del texto estatutario, en la negociación apareció ya una cierta bilateralidad en la negociación con la mayoría del Gobierno. Hoy Catalunya es, a muchos efectos y no únicamente como una palabra en el preámbulo del Estatuto, una nación.

Eso sí, obligada a reconocer la realidad: que también tiene una inserción y forman parte sus ciudadanos de la ciudadanía española y que es una sociedad

compleja que no cabe en ninguna receta ideológica.

En cuanto al estilo de gobierno de Pasqual Maragall, creo que se explica perfectamente en su carácter de patricio que abre paso a una nueva época: quien fue educado para príncipe no sabe conducirse de otra forma. Pero no tengo duda de que, a pesar de una cierta inocencia, será una presidencia y un momento político que, aunque haya sido tan breve, será recordado como un hito.



Maragall es una persona puente,
alguien del grupo históricamente dirigente
que sale y se dirige al encuentro
de los otros sectores sociales.
La figura de Maragall permite y prefigura
el actual recambio de dirigentes,
la emergencia de personas que vienen
de otras clases sociales. Las incidencias de la
contienda entre partidos nos ocultan
lo esencial, el relevo humano en el gobierno
y la dirección del país.
